

Destierros

Gabriela Riveros

Lumen

narrativa

La historia de mi vida no existe. Eso no existe. Nunca hay centro. Ni camino, ni línea. Hay vastos pasajes donde se insinúa que alguien hubo, no es cierto, no hubo nadie.

Nunca he escrito, creyendo hacerlo, nunca he amado, creyendo amar, nunca he hecho nada salvo esperar delante de la puerta cerrada.

MARGARITE DURAS, *El amante*

Accidentes

Por un instante ajeno a los espectadores, reinó el silencio dentro del silencio.

El director alzó los brazos.

Ejido Los milagros de Dios, Durango
22 de mayo, 2014

Adentro del cuarto oscuro, Helena frota un cerillo. Su rostro claro, avejentado, y su cabello de leona se iluminan. Enciende el cirio. Acerca el cerillo a su rostro para apagarlo. Brillan sus ojos de lechuza, un estanque de arena y sombras.

Helena sopla y un hilo de humo se eleva entre la luz cobriza. El olor a fósforo quemado se esparce por el cuarto. En un rincón, envuelto en una cobija, Alberto, su hijo, ronca con los ojos entreibiertos.

Helena se hinca frente a imágenes y estatuillas. Se persigna tres veces; murmura con los párpados cerrados, los dedos entrelazados.

—Te ruego por mi niña, por mijita, para que vuelva pronto, por ella, Maripaz, por lo que más quieras, mi Señor, por favor, que ya no tarde.

El dolor es una caricia perversa que sacude el estanque de arena y sombras. Tocan a la puerta.

Helena frunce el ceño y vuelve la cabeza.

Cae la noche sobre el desierto. La luna generosa y blanda palpitá sobre la llanura. El cielo azul intenso resplandece atrás del lomerío lejano. Una estrella relumbra en el horizonte.

La brisa de polvo y grillos merodea por los cuartos de adobe; se interna en el corral con chivas y gallinas; se filtra chillando por los huecos entre ventanas, muros y techos de lámina.

En medio de la oscuridad, del cascabelear lejano de víboras que no se ven, una mujer arrastra los pasos sobre la arena. Ha caminado toda la tarde con la niña atada a la espalda con el rebozo. Una punzada en la cintura, un calambre en la espalda le impiden ya levantar los pies del suelo. La lengua sedienta pegada al paladar. Fija la mirada en el cuarto de adobe que despidе una lucecilla.

Un paso. Y otro paso.

Una punzada y el aliento que falta. La niña siempre silenciosa. Y en cada paso, su cuerpo golpeando la espalda dolorida. La tensión en el rebozo polvoriento.

Y esa ventana relumbrosa.

Ráfagas heladas, cansancio que ciega.

Toca a la puerta.

La puerta cruje. Un tunelillo se tiende entre la mirada de ambas mujeres. Helena la deja pasar. La mujer descuelga a la niña dormida en la espalda, la acomoda.

—*Córima tortía... Córima.*¹

Helena le señala el agua; le da unas tortillas duras. La mujer las sostiene frente a su boca y las come con desesperación.

¹ No existe una traducción literal del rarámuri al español; debido a esto, lo más similar al concepto “córima” es “compartir”.

Helena vuelve a arrodillarse frente al cirio y las estatuillas para proseguir con sus rezos.

El silencio del cuarto se entrelaza con el crujir de las tortillas que se disuelven entre los dientes. Helena, con los párpados cerrados, mueve los labios.

La mujer la contempla; se acomoda junto a su niña y se queda dormida.

Antes del alba, la mujer despierta. Escucha los grillos, los ronquidos de Alberto, la respiración pesada de Helena. En silencio, se pone de pie, se acomoda las faldas, se amarra las sandalias, y coloca a la niña dormida en su rebozo.

Helena duerme recostada sobre el lado derecho.

La mujer está de pie detrás de ella, junto al catre desvinculado.

—*Muqui.*²

Helena despierta y se vuelve. Sus ojos de ámbar asoman por la oscuridad. El tunelillo entre las miradas se tiende de nuevo y se prolonga durante unos instantes.

—*A bale tewa. Ari ela cutomea.*³

Helena la contempla pasmada: cabello entrecano, ojos de lechuza. Sonríe a la imagen que la mente le devuelve. La mujer recoge su morral, se dirige a la puerta y sale.

En medio de la oscuridad y el sonido de los pasos que se alejan, Helena se sienta en el catre y se frota los párpados; vuelve la mirada amarilla hacia arriba.

² “Seño”, en rarámuri.

³ “Ya viene. Hoy la tendrá con usted”, en rarámuri.